



ACADEMIA CHILENA
DE CIENCIAS SOCIALES
POLÍTICAS Y MORALES

¿POR QUÉ EL GOLPE?

Por Carlos Peña González^{1&}

¿Por qué ocurrió el golpe? ¿A qué se debió que una de las democracias más estables de Latinoamérica –con una estructura social excluyente, es cierto; pero políticamente estable— terminara un día de septiembre a sangre y fuego? ¿Qué factores empujaron la decisión de acabar violentamente con la democracia y aplaudir a algunos cuando ello ocurrió? ¿Qué factores radicalizaron a la política en su conjunto, hasta el extremo de hacer plausible la conspiración que, sin duda, también la hubo? ¿Qué circunstancias condujeron, hace ya casi cuarenta años, a ese día infausto para algunos, auspicioso para otros, a ese día que llena la memoria de algunos chilenos de ángeles y la de otros de esperpentos?

Explicar y justificar

La respuesta a esas preguntas pertenece, por supuesto, al plano de la explicación, no al de la evaluación moral de esos acontecimientos. ¿Se puede explicar el apoyo a la dictadura; no obstante, los crímenes que cometía? Por supuesto que sí. Todo acto

^{1&} Académico de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, Rector de la Universidad Diego Portales, profesor de la Facultad de derecho, UDP, profesor de la Universidad de Chile.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

humano forma parte de una cadena infinita de causalidad cuya descripción es la tarea, entre otras, de la historiografía ¿Se puede comprender ese apoyo? También. Es cosa de captar el horizonte de sentido que entonces tenían los actores para entender por qué apoyaron a una dictadura a sabiendas del desaparecimiento y la tortura ¿Se puede justificar esa conducta, la conducta de personas ilustradas que decidieron hacer caso omiso de los crímenes? No, no se puede justificar. Se puede explicar y comprender; pero no se puede justificar. *Explicar* una conducta equivale a describir la constelación de causas que la configuró; *comprender* significa captar el sentido que el agente de una conducta le atribuye; *justificar* quiere decir aceptar como correcta la conducta.

¿Y por qué -se dirá- si se admite la discrepancia respecto de las causas que condujeron al golpe, se reclama unanimidad en su condena? ¿Acaso no es posible discrepar en ambos planos?

Lo que ocurre es que en una sociedad democrática es posible discrepar acerca de los hechos o causas de un cierto evento sin que ello desmedre o deteriore la convivencia; pero lo que no puede ocurrir es que haya discrepancia acerca de las reglas de la comunidad política. En otras palabras, se puede discrepar acerca de cómo son o



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

cómo fueron estos o aquellos hechos, y acerca de qué circunstancias o acciones contribuyeron a producirlos; pero lo que no puede ocurrir es que los miembros de la sociedad democrática discrepen acerca de cómo deben convivir. Y es que la convivencia democrática (y no solo ella) requiere ciertos compromisos incondicionales, ciertos imperativos categóricos, principios cuya validez ningún ciudadano deberá relativizar.

Una forma de insistir en esa distinción -entre la libre investigación histórica y al mismo tiempo el reclamo de cierta unanimidad en el plano de la condena moral- consiste en retomar la antigua distinción entre razón teórica y razón práctica, entre la racionalidad que intenta dilucidar aquello que pertenece a lo que es (el plano de lo que podríamos llamar la facticidad) y la racionalidad preocupada de esclarecer cuál es el curso que la conducta humana ha de emprender (el plano de la moralidad). Una cultura democrática reclama un cierto consenso, una cierta convergencia de convicciones acerca de esto último.

Lo que sigue indaga en algunos factores que podrían explicar lo que ocurrió.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Al revisar la literatura es posible encontrar varios que se habrían confabulado, por decirlo así, en la producción del resultado final.

La situación del estado de compromiso

Ante todo, parece necesario considerar lo que había ocurrido antes, durante el llamado estado de compromiso (1932-1970). Suele denominarse así a ese lapso en el que la sociedad chilena intenta expandir una incipiente modernidad incorporando a un actor social que, de pronto, irrumpió en la estructura social: el proletariado. Ese capitalismo de compromiso, como también se lo llama, funcionó sin graves sobresaltos gracias a un sistema político de particulares características.

La literatura suele subrayar, en efecto, que la estabilidad que el país alcanzó durante el periodo se debió, en buena parte, al sistema de partidos hasta entonces existente. Una encuesta realizada por Eduardo Hamuy en 1958, indicaba que solo un 22% de la población pensaba que era posible gobernar sin ellos. Se trataba, pues, de organizaciones con alta legitimidad que estaba presentes en prácticamente todas las elecciones, municipales, universitarias,



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

nacionales². El fenómeno era parte de un sistema político altamente desarrollado que permitía la expansión de las más diversas demandas que, sin embargo, estaba acompañado de una estructura productiva incapaz de satisfacerlas.

Esa contradicción entre el sistema político desarrollado y una estructura social y económica excluyente solo parecía tener una de dos salidas (pronto se sabría cuál se adoptaría): o se cerraba el sistema político, o se cambiaba radicalmente la estructura económica³.

Esa contradicción, y la forma de resolverla, está al centro del debate ideológico y político ya desde mediados de los años sesenta.

En 1970 la izquierda estaba constituida principalmente por los partidos socialista y comunista. Mientras este último era altamente disciplinado, ortodoxo, y el más grande de la región (fuera del cubano), el Partido Socialista era más heterogéneo en su composición, plagado de querellas internas. El centro estaba constituido por los radicales que habían sido el mediador por excelencia del sistema político y más tarde por la Democracia

² Cit. en Valenzuela, Arturo *El quiebre de la democracia en Chile*, Santiago : Ediciones Universidad Diego Portales, 2003, p. 33.

³ Pinto, Aníbal, Desarrollo económico y relaciones sociales, en Pinto et al, *Chile Hoy*, México: Siglo XXI, pp. 5-52.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Cristiana, cuyo origen se remontaba hacia 1938 y que, más tarde, ya no cumplirá ese papel mediador. La DC había obtenido una muy alta votación en las parlamentarias de 1965 y se alimentaba con cuadros provenientes del ibañismo y del miedo de la derecha hacia los candidatos marxistas. La derecha estaba representada por el Partido Nacional formado en 1966 al fusionarse los partidos conservador y liberal.

Durante el periodo, y hasta el quiebre de la democracia, siempre gobierna el centro, a veces acompañado de la derecha y otras de la izquierda. Solo una vez lo hace la derecha (con Alessandri) y solo una vez la izquierda (con Allende). Hacia 1970, sin embargo, se producen algunos fenómenos de relevancia: el electorado se incrementa desde el 16% de la población en 1960, hasta poco más del 28% en 1970⁴. Y se suma a ello que el sistema político se polariza ideológica y culturalmente.

Los partidos a fines de los sesenta⁵

¿Qué papel cumplía entonces cada sector?

⁴ Valenzuela, A. cit p. 67

⁵ Cfr. Valenzuela, cit; Yocelevzky, Ricardo, *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura – 1970-1990* – México, Fondo de Cultura Económica, 2002; Yocelevzky, Ricardo *La democracia cristiana chilena y el gobierno de Eduardo Frei (1964 – 1970)*, México, U. Autónoma Metropolitana, 1987; Garretón, Manuel A.; Moulian, Tomás, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Santiago, Ediciones Minga, 1983; Tomás Moulian, *Fracturas*, Santiago: Lom-Arcis, 2006; Sofía Correa Sutil, *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*, Santiago: Sudamericana, 2004.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

En la derecha coexisten dos tendencias que la configuran. Una de ellas más ligada a la cultura del linaje y de la hacienda, fuertemente nacionalista, que experimenta los cambios del período como una amenaza existencial y la otra más modernizadora que será la que, más tarde, impulsará a contar de 1975, una revolución; pero capitalista. Hacia 1964 esta derecha se pliega a Frei; aunque no a la DC. Dicho de otra manera, la suya no es una adhesión ideológica a la revolución en libertad, sino una forma de escapar a la revolución socialista de veras.

La Democracia Cristiana, por su parte, que había obtenido una votación gigantesca en 1964 cuando, con el apoyo de la derecha obtuvo el 55.7% de la población, disminuyó esa votación a un 27,8% con Tomic. La literatura indica que la DC era un centro excéntrico que se alimentaba de los extremos. Su evolución posterior (y para qué decir su realidad actual) muestra que la tesis tiene asidero.

La izquierda⁶, con sus dos partidos principales, el Comunista y el Socialista, está inflamada en esos años por un propósito de cambios más bien radicales; pero coexisten en ella dos formulaciones tácticas que estarán en el centro del gobierno de la Unidad Popular. En una de ellas era fundamental el respeto de la legalidad, el

⁶ Yocelevzky, Ricardo, *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura – 1970-1990*, cit. pp. 69 y ss.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

desarrollo económico y la satisfacción de las demandas populares a fin de avanzar gradualmente hacia una sociedad socialista; la otra, en cambio, ponía el acento en la movilización popular a fin de acelerar lo que se pensaba era una confrontación inevitable. Así el gobierno de la UP y sus partidos estaban en medio de una inconsistencia dramática: eran el fruto legítimo del sistema político; pero por otra parte recibía apoyo de importantes grupos que descreían de ese mismo sistema.

¿Cómo caracterizar brevemente el panorama de entonces?

Hay varias formas de hacerlo, desde luego, pero la más obvia parece ser describir el momento político cultural de entonces como inflamado de utopismo en la izquierda y en una parte muy importante de la DC (hay que recordar que entre Tomic y Allende reúnen más del cincuenta por ciento del electorado) y de miedo, un miedo casi físico, de parte de los sectores de derecha (para parte de los cuales la reforma agraria había representado un peligro existencial).

Entre el utopismo de la izquierda y la DC y el miedo de la derecha se va a producir el desenlace.

La destrucción del sistema político



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Como se ha visto, la sociedad chilena de los setenta, hasta 1973 para ser más preciso, puede ser caracterizada como una sociedad altamente movilizada. Es cosa de ver el documental de Patricio Guzmán, la *Batalla de Chile*, para advertirlo. Se ve allí la masa convertida en sujeto: personas desdentadas, sectores populares que, sin embargo, a pesar de la precariedad material, o justamente por ella, poseen una firme voluntad de erigirse y ser protagonistas. Ello ocurre en los partidos, los sindicatos, las universidades (que para la época había experimentado una importante expansión de la matrícula). La violencia de la dictadura y del golpe, y el terror que entonces se desató, se explica, en parte, por la necesidad de desmovilizar a la sociedad chilena. Hubo también, aunque se ha olvidado, una cierta falsificación histórica cuyo objetivo inconfesado fue justificar, excusar, la represión que entonces se desató. Esta represión desmovilizadora tiene un efecto de demostración que produce resultados masivos. El empleo de la tortura (largamente acreditado en el Informe Rettig y en el Informe Valech) no tuvo, cuando se le mira a la distancia y con la objetividad que estas cosas requieren, el papel instrumental de reunir información, sino que fueron técnicas masivas de castigo para, simplemente, desmovilizar, paralizar a una población que, hasta hacía



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

pocos meses, inflamada de utopismo, creía ser protagonista de sí misma.

¿Qué pudo ocurrir, sin embargo, cuando se lo mira a cincuenta años de distancia, para que todo ello se produjera?⁷

La respuesta supone dilucidar un problema que está en el centro mismo de la experiencia de la Unidad Popular y del Chile de esos años: si había amplias coincidencias entre el proyecto de la DC y el de la UP; si ambos eran anticapitalistas y creían que esa era la única forma de superar el quiebre del estado de compromiso; si las fuerzas que lideraban Tomic y Allende estaban convencidas de que había que modificar las bases de la estructura social; si Allende accede al poder con el apoyo de la DC; si la DC persigue lo que llama el socialismo comunitario y la UP lo que denomina el socialismo democrático; si, en consecuencia, desde el punto de vista del espíritu de la época el proyecto revolucionario es de mayorías; si dos de cada tres ciudadanos prefiere alguna forma de socialismo; si la derecha está aislada y existe, en suma, una mayoría social que adhiere al proyecto revolucionario, fuera este en libertad o comunitario como decía la DC, o con sabor a empanadas y vino tinto, como prefería Allende ¿cómo

⁷ En lo que sigue, recojo lo que expuse en la presentación del libro de Patricio Aylwin, *La experiencia política de la Unidad Popular, 1970-1973*, Santiago: Random House, Debate, 2023 y lo que me fue sugerido por su lectura. Vid. Peña, Carlos La experiencia política de la Unidad Popular según Patricio Aylwin: el fuego y las cenizas, en *El Mercurio*, 15 de julio del 2023.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

pudo ocurrir entonces que el proyecto fracasara y acabara en una revolución capitalista, una revolución muy distinta a la que entonces parecía ser el espíritu de la época?

Hay cuatro factores que asoman en cada uno de los hechos del periodo y que (descontada la conspiración y los crímenes que crearon la atmósfera para el golpe) pueden ser también una lección para los tiempos que corren.

Uno es relativo al utopismo que se expandió en la cultura política. El utopismo no consiste, como suele decirse, en tener ideales, puesto que eso es algo indispensable en la condición humana, sino que el utopismo consiste en dejarse encandilar, hasta dejarse cegar por la visión del futuro que se anhela.

La distinción entre ideología y utopía, como se sabe, es una vieja distinción de la sociología del conocimiento que acuñó Karl Mannheim en un estudio, algo olvidado ya, sobre el milenarismo⁸. Una orientación es utópica, sugirió Mannheim, cuando trasciende la realidad y tiende, al mismo tiempo, a destruir total o parcialmente el orden de cosas existente en el momento de que se trata. Una ideología, en cambio, se caracteriza por trascender la realidad, pero

⁸ *Ideology and Utopia*, London: Routledge, 1998.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

ello para, al mismo tiempo, integrarse orgánica y armoniosamente con el orden de cosas de que se trata. En suma, si tanto la mentalidad utópica como la ideológica trascienden la realidad, una de ellas, la mentalidad utópica, suele ser un principio revolucionario en el sentido que cambia el orden existente, en tanto la otra, la mentalidad ideológica en vez de aspirar a cambiarlo simplemente lo legitima y puede ser llamada por eso conservadora. Franz Hinkelammert describe el fenómeno como una identificación entre el plano de la estructura y los valores, al olvidar la trascendentalidad de estos últimos⁹. Mario Góngora advirtió sobre el utopismo desde temprano¹⁰ e insistió sobre él en sus últimos ensayos¹¹. Y desde luego Pedro Morandé diagnostica a partir de él el olvido de la cultura en el proyecto modernizador¹².

Pues bien, en la época, hacia los años sesenta, la cultura política se deja invadir por un espíritu utópico.

En efecto, las élites intelectuales de la época, todas o casi todas de origen burgués, de cultura católica, eran de alguna forma milenaristas, creían que el tiempo desenvolvía un guion que ellos

⁹ *Ideologías del desarrollo y dialéctica de la historia*, Santiago, Universidad Católica: Ediciones Nueva Universidad, 1970, p. 288

¹⁰ Materialismo neocapitalista, el actual "ídolo del foro", en Góngora, M. *Civilización de masas y esperanza y otros ensayos*, Santiago: 1987, pp. 175 y ss.

¹¹ *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago: Ediciones La Ciudad, 1981.

¹² *Cultura y modernización en América Latina*, Santiago, Instituto de Sociología Universidad Católica, 1984.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

habían inteligido --la nueva cristiandad, la sociedad sin clases, un mundo nuevo como tituló uno de sus ensayos Frei Montalva-- para cuyo logro ningún precio a pagar era demasiado alto. Hubo en la época, por decirlo así, la expansión de un espíritu religioso que acabó infectando a la política. Un espíritu religioso es, sociológicamente hablando, un espíritu que encuentra en la historia una explicación para el sufrimiento humano, que concibe a la historia como el desenvolvimiento de una teodicea. Ese espíritu trasladado a la política se traduce en sectarismo e impide los acuerdos. Si la política es la realización de los ideales últimos, si en ella se juega el sentido de la historia, si la política se inspira en la verdad final acerca de los asuntos humanos, como en ese momento se creyó por élites intoxicadas de Lenin, Leon Bloy, Maritain o Marx, entonces cualquier acuerdo equivale a un herejía, al abandono o la traición de la confianza final. En el período entre 1970 y 1973 se aspiraba a la conversión forzada del adversario y no a un acuerdo razonado con él.

Cuando se examina ese periodo, en general los actores de entonces que vuelven la vista atrás, están de acuerdo. Lo están, sin duda, los socialistas y los demócrata cristianos que son el eje en torno al cual se construye la transición al término de la dictadura. Lo paradójico de todo esto, como lo sugirió Mario Góngora, es que ese



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

espíritu utópico que conduce al despeñadero a la democracia fue el que más tarde inundó a la élite tecnocrática de la derecha que se inspiró en la imagen del mercado perfecto.

Ese espíritu utópico afectó muy profundamente a la Democracia Cristiana¹³. Desde su aparición en 1938 este partido fue lo que la literatura denomina un centro excéntrico. Al revés de lo que ocurre con los radicales, la Democracia cristiana no se plantea como un mediador entre la clase dominante y los intereses populares, o como un partido modernizador, sino como una alternativa global y revolucionaria al capitalismo y al socialismo. En el periodo entre 1932 y la década del 60 Chile, como recordábamos al inicio, posee un estado de compromiso, un arreglo social donde el centro arbitraba los conflictos sociales. Ese fue el papel del radicalismo. Ser un mediador que permite el intercambio de energía entre dos extremos que de otra forma se excluyen. La DC nunca pudo cumplir ese papel porque se intoxicó de utopismo. Esto es lo que explica, de algún modo, que mientras algunos sectores estaban dispuestos a cumplir el papel de mediadores, otros sectores en cambio veían eso como una herejía y

¹³ Sobre la inspiración ideológica, Jaime Castillo, *Las fuentes de la Democracia Cristiana*, Santiago: Editorial del Pacífico, 1963. Análisis politológico en Huneus, Carlos. 2003a. "A Highly Institutionalized Political Party: Christian Democracy in Chile". En: Scott Mainwaring y Timothy Scully (editores). *Christian Democracy in Latin America*: Stanford University Press. Para la versión en español, *Un partido con un alto grado de institucionalización. El PDC de Chile*. www.pensamientocritico.cl/upload/doc/doc_040330105606_59.pdf; Bernardo Navarrete, *Un centro excéntrico. Cambio y continuidad en la Democracia Cristiana 1957-2005*, Política, Volumen 45 - Primavera 2005, pp. 109-146; Yocelvezky, Ricardo *La democracia cristiana chilena y el gobierno de Eduardo Frei (1964 – 1970)*, México, U. Autónoma Metropolitana, 1987.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

transitaron muy prontamente al Mapu y luego a la izquierda cristiana. Este tránsito prácticamente obligó al resto de la DC a plegarse como un aliado a la derecha¹⁴.

Se encuentra también, desde luego, el papel de la derecha que a seguir de la reforma agraria se comportó “como un animal herido”¹⁵. Hasta 1973 las fuerzas modernizadoras son más bien minoritarias entre las élites de la derecha, y predomina en ella una conciencia de clase que no es la de una burguesía, sino más bien de un grupo que posee una conciencia de sí mismo aristocratizante, con una cultura del linaje, atada a la posesión de la tierra y a un intenso nacionalismo, por llamarlo así, hispanista. Es probable que la reforma agraria haya sido experimentada por ese grupo como un acontecimiento cósmico, un mundo que se venía abajo y lo arrastraba al abismo, una amenaza existencial, y que todo ello alimentara de su parte una actitud sediciosa y la imposibilidad de un acuerdo. Las frases con las que Arturo Alessandri Palma inauguró el estado de compromiso durante el debate de la carta del 25 *–hay que comprender que el cambio oportuno es la mejor forma de salvaguardar el orden--* no tenían ningún sentido para esos grupos que hegemonizaban a la derecha

¹⁴Garcés, Joan, *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*, Santiago, Bat, 1990, pp. 202 y ss.

¹⁵Aylwin, cit. p. 36.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

hacia el año 1970 y ello explica su actitud obstruccionista y más tarde conspiradora en contra de la democracia.

Y, por supuesto, está el papel que cupo a Allende en todo esto. El problema ha solido eludirse en medio de las hagiografías o las condenas ¿En qué consiste? Allende aparece como un político atravesado por una contradicción íntima entre una conducta rigurosamente parlamentaria, de salón, algo que asoma en su vestimenta, en sus prácticas de comensalidad y en sus modales, por una parte, y al mismo tiempo un ideal del yo, por decirlo así, revolucionario, alguien convencido de que su tarea es empujar por todos los medios el curso de la historia. Es probable que esa contradicción le haya impedido decidirse entre los puntos de vista que configuran el campo de fuerzas de su gobierno: “...el drama de un gobernante -le dice Aylwin a Allende, el día 17 de agosto por la noche- es que no puede estar bien con Dios y con el Diablo. Hay que definirse ¡Usted no puede estar bien con el Mir y pretender estarlo con nosotros!”¹⁶ Allende habría eludido la respuesta directa y en vez de eso habría reclamado confianza.

La actitud final de Allende -un político a quien las circunstancias llevaron a no decidir- puede ser leída como el fruto de un espíritu que

¹⁶ *Ibidem*, p. 693.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

vacila entre esas dos identidades: la del político parlamentario empapado de las costumbres del diálogo y la negociación, una personalidad que sin duda lo habitó; y la del revolucionario que se ve a sí mismo como un personaje redentor que modifica contra viento y marea el curso de la historia, ese ideal del yo que inconsciente lo animaba.

En ese sentido Allende fue el resumen -la personificación trágica- de las corrientes subterráneas, inconciliables, que recorrieron todos los intersticios de la cultura política.